

reinados las innovaciones religiosas en Inglaterra para que este cambio y esta reconciliacion, no principiase en una época de reaccion, de persecucion y de castigo. Era la intolerancia entonces con muy pocas excepciones la manía general; todo el mundo creía que se servía á Dios castigando á los que se mostraban enemigos de su culto. Severa la reina por carácter y tan celosa además por la pureza de la fé, se mostraba poco inclinada á la indulgencia. No era el rey Felipe blando en esta parte, como lo hizo despues ver en tantas ocasiones. Los prelados católicos, recobrado ya el ascendiente y preponderancia de que se habian visto despojados, trataban de que se diese por el tronco al árbol de la heregía y que de una vez se arrancase del campo la cizaña. Se mostraba muy activo en esta obra de reaccion el español fray Bartolomé Carranza, que habia llevado consigo don Felipe, sin preveer entonces que algun dia iba á ser el mismo victima de las persecuciones de que se mostraba tan celoso. Se hicieron reformas en las universidades. Se mandaron cerrar todos los sínodos. Se hicieron hogueras públicas de Biblias traducidas en lengua del pais; y tambien se encendieron para el último suplicio de los principales apóstoles de la reforma que no querian desdecirse. Subieron á estas piras hasta personas revestidas con el carácter de prelados; tan severo y cruel se mostraba el tribunal eclesiástico que en estas causas entendia. Fueron entre otros quemados en la plaza de Westsmith-Field en Lóndres, sitio ordinario de las ejecuciones, Ridley obispo de Lóndres y Lamiter obispo de Worcester. Alcanzó su rigor al famoso Crammer, arzobispo de Cantorbery, favorito del rey Enrique VIII. Se se dice de este prelado que firmó un acto de retractacion, haciéndosele creer que con este paso evitaria su castigo; mas que habiendo sido condenado sin embargo al suplicio de la hoguera, se quemó antes la mano derecha como para castigarla de un acto de debilidad, y no entró en el fuego antes de caer despegada de su brazo. La absolucion de los ingleses, no les costaba poca sangre; mas no se en-

tendian entonces las cosas de otro modo: tanto por los católicos, como tambien por los mismos protestantes.

#### CAPÍTULO XIV.

*Ajusta el emperador una tregua con Francia.--Llama á don Felipe á Bruselas.--Renuncia en su favor la posesion de los Países-Bajos y las coronas de España.--Se embarca para este último pais, y se retira al monasterio de Yuste.--Sus ocupaciones.*

**D**eseaba el emperador terminar la guerra con Francia, en que estaba empeñado hacia cerca de cinco años. Desde la retirada de la plaza de Metz, no se habian alcanzado ventajas considerables por ninguna de ambas partes. Habian los imperiales tomado las plazas de Teronamne y de Herdin; y apoderándose los franceses de las de Renty y Mariemburgo: hecho aquellos una invasion en la Picardía, y acercándose los segundos á Fhiomville por los Países-Bajos; mas no se habia dado ningun golpe decisivo. Con la misma alternativa de próspera y adversa fortuna se batian en las fronteras y varias partes de Italia los ejércitos beligerantes. Reinaba en los dos príncipes beligerantes mas cansancio de la guerra, que deseo verdadero de la paz, por los gastos inmensos que la hostilidad les acarrea. En mayo de 1555 se ajustaron unas treguas en Arras entre ambas coronas que debian de durar cinco años. Concurrieron al acto en nombre del emperador el cardenal Polo, el duque de Medinasidonia, el obispo de Arras, el conde de Lalans y el presidente del consejo de Flandes Viglo Inchieno. Asistieron por el rey de Francia el cardenal de Lorena, y el condestable de Montmorency. Por la Inglaterra se presentaron el obispo de Winchester y el conde de Arundel. Se suscitaron en las conferencias grandísimas dificultades. Pedian los franceses el ducado de Milan y que el duque de Saboya se casase con la viuda del duque de Lorena, y que se diese á Navarra á Antonio de Borbón Vendome, casado con Juana de Albret, hija de

Enrique de Albret y Margarita de Valois, hermana de Francisco, difunto rey de Francia. Mas á nada de esto se accedió, y las treguas se firmaron sencillamente sin ningunas condiciones. Se vió así libre el emperador de un peso que le fatigaba; mas le quedaba otro que le era imposible echar de sí por ser producto de sus enfermedades y de la vejez que á pasos agigantados le cargaba. Habia llegado á una época de la vida en que todas las ilusiones se disipan, en que se van todas las flores, quedando solo en lugar suyo las espinas. Habia gozado demasiado pronto de las pompas y prestigio del poder, para no experimentar que la grandeza es humo, que los goces de la ambicion son sueños de que se despierta rara vez sin amargura. Ninguna gran razon tenia de quejarse de la suerte, mas en el último tercio de su vida, no le habian faltado sinsabores y dolorosos desengaños. Cuando llega el hombre á semejante situacion, no puede menos de deleitarse con las ideas del retiro y del descanso; y si á todo esto se añaden los sentimientos religiosos que hacen tender los ojos hacia lo futuro, no extrañaremos que Carlos V á los cincuenta y seis emperador de su edad, pensase seriamente en echar de sí un peso que realmente le abrumaba. Hubo quien escribió que entre las causas que le movieron á tomar esta resolucion, ocupa un principal lugar la conducta poco obsequiosa hácia el porte de su hijo don Felipe, y que prefirió una voluntaria cesion de sus estados, á las serias mortificaciones que de su carácter ambicioso y vivos deseos de reinar tenia (1); mas no dieron las acciones anteriores de este príncipe motivo para una impugnacion tan grave y seria. Segun dijo él mismo hallándose ya en su retiro de Yuste, se habia ocupado de esta idea en vida de la emperatriz; mas que no habia podido realizarlo por lo complicado que se hallaban sus negocios y falta de un heredero que estuviese en ap-

(1) Véase á Robertson L. C. XI en su cita de Lebesque, autor ó editor de las Memorias de Granvela.

titud de reemplazarle. El heredero ya se hallaba en sus maduros años, y el tiempo parecia llegado de adoptar finalmente la resolucion que iba á excitar la admiracion de toda Europa. Con este designio envió á llamar al príncipe á Bruselas, y allí mismo renovó sus negociaciones con su hermano, á fin de que renunciase en favor de su hijo la corona del imperio; mas el rey de los romanos persistió en su negativa, y el emperador tuvo que renunciar á esta última ilusion de brillo y de grandeza.

Se hallaba Felipe muy poco á gusto suyo en Inglaterra, descontento del pais, cansado de la reina, que nunca habia sido para él objeto de cariño. Aprovechó, pues, con gusto esta ocasion que se le ofrecia de dejar aquel pais, y se apresuró á obedecer los preceptos de su padre. Fué esta partida objeto para la reina de excesiva pesadumbre, trató de impedirlo por cuantas razones supo y pudo, alegando su embarazo, que despues resultó ser hidropesía. Mas no tuvo en ninguna cuenta el rey sus ruegos y clamores, y en 8 de octubre de 1555 salió de Inglaterra, encaminándose á los Países-Bajos, donde le aguardaba un cambio inesperado de fortuna.

Habia convocado el emperador los estados de los Países-Bajos en Bruselas (1). El 28 del mismo mes de octubre se presentó en su seno, y con toda la solemnidad digna de los tiempos de los Césares renunció en favor de don Felipe la soberanía de los Países-Bajos que habia heredado de su padre. Con aire de magestad, con noble y augusto continente se presentó y condujo el emperador en tan solemne circunstancia. Se hallaban de un lado á la derecha del trono el príncipe de España, el príncipe Maximiliano y Filiberto, duque de Saboya. A la izquierda las reinas viudas de Hungría y de Francia, María, reina de Bohemia, y Cristierna, hija del rey de Dina-

(1) Es la fecha que asigna Sandoval á este acto que ocupa en la historia un lugar tan distinguido. Mas en el día y aun en el mes discrepan la mayor parte de los historiadores de la época.

marca, duquesa de Lorena. Comenzó la ceremonia nombrando al príncipe de España caballero del toison de oro, y en seguida el secretario Filiberto Brusseli leyó en alta voz el acta de renuncia del señorío de los Países-Bajos, hecho por el emperador Carlos V en favor de la persona de su hijo don Felipe. Concluido el acto y apoyando una mano en el hombro del príncipe de Orange, y con un papel en la otra, sin duda para alivio de memoria se levantó el emperador y arengó en francés por la última vez á los estados, haciendo enumeracion de las expediciones que habia emprendido, de los servicios tanto civiles como militares que habia hecho. Les habló de sus enfermedades, de su incapacidad de conservar el cetro con ventajas para el pueblo, y de que en la persona de su hijo les dejaba un príncipe experimentado en todos los negocios del gobierno. No fué menos patético su discurso al nuevo rey que se le puso delante de rodillas, exhortándole á ser justo, á mirar con respeto sagrado las leyes y con amor á sus nuevos súbditos. En todos hizo impresion lo solemne, sublime y tierno de la escena: algunos derramaron lágrimas. El emperador no se apartó un punto de su nobleza y dignidad; ningun soberano al despedirse de su pueblo excitó mas sentimientos de reverencia y pesadumbre. Prometió Felipe á su padre haberse fielmente en su nueva dignidad y arreglarse en todo á sus preceptos. Al dirigirse á la asamblea manifestó que le era imposible expresarse en lengua francesa, por no *haberla depredido* (1); mas que el obispo de Arras sería intérprete de sus sentimientos. La arenga del prelado á nombre del nuevo señor de los Países-Bajos se redujo á las promesas de costumbre y que nunca en tales ocasiones se escasean.

En seguida se levantó la reina viuda de Hungría, y se dirigió á los estados dándoles gracias por los favores

(1) Expresion de Sandeval, l. XXXII, §. 55.

que la habian dispensado, é hizo renuncia del gobierno de los Países-Bajos que hacia veinte años desempeñaba en nombre de su hermano.

En 16 de enero de 1556 hizo Carlos renuncia de las coronas de Castilla en favor de su hijo ante Francisco de Eraso, comendador de Montalazy, notario mayor, y de las de Aragon, ante Diego de Vargas, escribano de cámara. Además le dió la investidura del estado de Sena, y el título de Vicario general del sacro imperio. Mas antes de abrir la época de este reinado, tan fecundo en grandes acontecimientos, se dedicarán algunas páginas á seguir los huellas del último monarca despues de su renuncia.

De todas sus coronas se habia despojado Carlos V á excepcion de la imperial que conservaba todavía, siempre con la esperanza de trasmitirla á don Felipe. Inmediatamente que se redujo á condicion privada, pasó á vivir en un palacio particular en compañía de las reinas sus hermanas, pues la de Hungría habia entregado el gobierno de los Países-Bajos al duque Filiberto de Saboya, por disposicion de don Felipe. El retiro donde era la intencion del emperador fijar su residencia era el monasterio de Gerónimos de San Juste ó Yuste, situado en Extremadura cerca de la vera de Plasencia. Mas por lo crudo de la estacion ó falta de preparativos, no pudo ponerse en viaje hasta setiembre del mismo año de 1556 que se embarcó en Zelandia en compañía de las mismas reinas y su privada comitiva, despidiéndose del nuevo rey que le habia acompañado hasta aquel punto. Padebió la pequeña flota una tempestad, y llegó en bastante mal estado á fines del mes al puerto de Laredo, donde tuvo lugar el desembarco. Se dice que el emperador besó la tierra al verse en ella, diciéndole que le recibiese como su postrer asilo. Llegó tan fatigado y quebrantado, que solo en litera pudo hacer el viaje hasta Burgos, donde descansó dos dias. A pesar de que debia conocer los hombres, no dejó de extrañar el escaso número de señores y

caballeros principales que le vinieron á cumplimentar, tanto en aquel punto como en el camino. En seguida se trasladó á Valladolid, donde no quiso se le hiciese ningún recibimiento, cediendo este honor á sus hermanas, que hicieron su entrada un dia antes. Allí tuvo una entrevista con su hija y regente doña Juana, habiendo visto tambien á su nieto el príncipe don Carlos, de cuyos modales y conversacion, dicen, quedó sumamente disgustado. Querian sus hermanas acompañarle hasta San Yuste; mas no lo permitió el emperador, y se despidió de ellas en Valladolid prosiguiendo solo su jornada. Algunos historiadores dicen que tuvo que suspender su viaje por falta de dinero (1); pero esto es muy duro de creer, habiéndose asignado él mismo la corta cantidad de 12,000 ducados anuales por via de pension ó de retiro. Y aunque hubiese sucedido así por escaseces del erario ó circunstancias imprevistas, achacarlo á indiferencia ó tal vez á ingratitud de Felipe, nos parece con demasia aventurado.

A mediados de noviembre del mismo año llegó á San Yuste, donde le habian preparado una especie de habitacion particular, pegada al convento, con el que tenia comunicacion aunque del todo independiente. En aquella modesta vivienda, compuesta de cinco ó seis piezas, sencilla y hasta pobremente alhajadas, se encerró el que habia dado leyes á mas de la mitad de Europa, sin que en sus conversaciones, en sus ademanes, ni en ninguno de sus actos, diese á entender que estaba arrepentido de aquel cambio.

La vida que el emperador llevó en San Yuste fué sencilla, dedicada en lo esencial á ejercicios de devocion y de piedad, ocupando las horas de recreo en el cultivo del jardin, ó en la construccion de alguna obra mecánica,

(1) Entre otros Cabrera, l. 2, c. IV, quien expresa el pueblo de la detencion (Oropesa), el tiempo de la duracion (50 dias), y la cantidad que aguardaba para pagar á sus criados (50,000 escudos).

sobre todo de relojes, á que era muy aficionado. El grande artífice de aquellos tiempos que excitaba tanta admiracion con lo ingenioso y atrevido de sus invenciones, Juanelo Turrano le hizo varias visitas en su retiro y le daba lecciones de su arte. Tambien se divertia con la música, en la que dicen era muy inteligente, siendo su voz tan buena y delicada, que algunos religiosos iban en silencio á escucharle á su puerta cuando cantaba, sobre todo en las horas de la noche. Mas todos esos pasatiempos no le distraian del negocio que le era mas interesante. Sin ligarse con ningún voto, observaba en cuanto se lo permitian sus enfermedades la regla del Orden de San Gerónimo á que pertenecia aquella casa. Asistia al coro con frecuencia: todas las mañanas oia misa, y rezaba muchas devociones. A medio dia oia un sermón y á falta suya una homilia de San Agustin, y por la tarde asistia á visperas. Pasaba asimismo algunas horas en conversacion con el prior y algunos otros graves religiosos del convento con quienes entraba en varios pormenores de su vida, contándolos con afabilidad y sencillez de trato sin ninguna etiqueta y ceremonia. Sandoval, el mas copioso y tal vez el mejor de sus historiadores, refiere los cargos que le hicieron una vez los visitantes de la orden por las liberalidades que distribuia á varios individuos de la casa que el emperador escuchó con la mayor docilidad prometiendo enmendarse. Es de un vivo interés una de sus conversaciones con San Francisco de Borja, sobre los motivos que obligaron á este á dejar el mundo y á preferir la nueva orden de los jesuitas á las demás ya antiguas y probadas. Mas dejaremos por ahora á Carlos V en la modestia y humildad de su retiro para volver al gran teatro del mundo, sobre el que comenzaba á representar un gran papel su hijo.